

# EL RELOJ DEL AYUNTAMIENTO

Eloy López Gurría  
Socio de AMUEZ



Hace ya bastantes años, en el ayuntamiento de una localidad cercana a la gran ciudad, instalaron un reloj eléctrico que medía las horas con una exactitud asombrosa para lo que en aquel lugar se conocía por precisión; además, sabía tocar las horas con unos sonidos broncíneos de monacal campana. Los lugareños se encontraron boquiabiertos ya que solo conocían los relojes de cuerda que nunca se ponían de acuerdo para medir la hora.

Fue un acontecimiento muy importante, pues supuso el dejar de lado el molesto y obsoleto reloj de la torre abacial, cautivo siempre de la periódica cuerda que el sacristán administraba cada mediodía con puntual fidelidad.

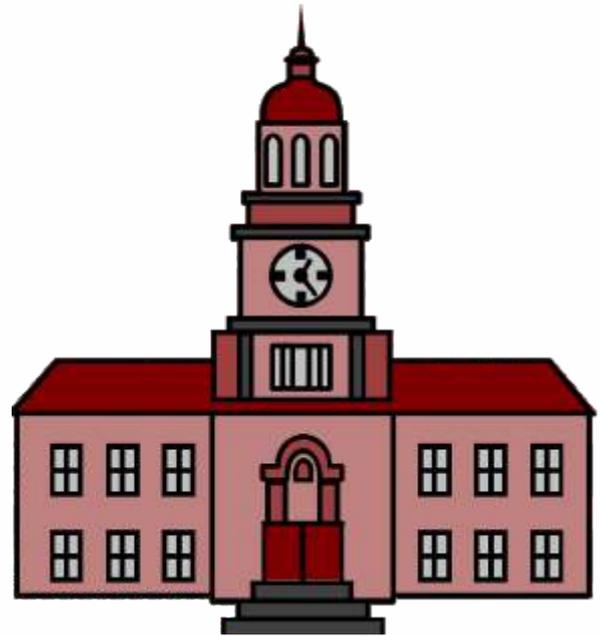
El nuevo reloj aportaba un nuevo y conveniente mecanismo por el cual los toques de las horas cesaban a las diez de la noche y reemprendían su sonsonete a las seis de la mañana; de esta manera, las personas insomnes dejaron de removerse en el lecho esperando el toque que anunciaba el paso de una nueva hora.

Alguna vez se paró por falta de fluido eléctrico pero, en seguida, fue suplido por unas baterías recargables que proporcionaban energía por tiempo indefinido.

Las inclemencias del tiempo hicieron necesaria la colocación de un tejadillo para proteger de la lluvia y la nieve su resplandeciente esfera numerada y sus estilizadas agujas luminosas.

En la siguiente primavera, apareció por el pueblo, en vuelo de inspección, una pareja de cigüeñas que vieron con interés el tejadillo del reloj y no dudaron en elegirlo como futuro aposentamiento para su nido; rápidamente se pusieron a construir lo que sería su hogar. Al principio, esta novedad fue acogida con entusiasmo por los lugareños, sobre todo por el grupo ecologista del ayuntamiento, pues vieron como una buena señal el que unos pájaros tan especiales se asentaran en el pueblo.

Conforme iba avanzando la construcción del nido, los ciudadanos, se dieron cuenta que aquel armazón de paja y ramas entrecruzadas suponía un perjuicio para la visibilidad de la esfera; pero, presionados por los ecologistas, el pleno del ayuntamiento aceptó por mayoría que el nido se terminara y acogiera a la familia de cigüeñas.



El mayor problema sobrevino cuando ya instaladas las cigüeñas y con los polluelos en pleno crecimiento, todo se llenó de heces y comidas regurgitadas que ensuciaron la esfera y agujas del magnífico reloj.

Fue necesario un nuevo pleno del ayuntamiento para decidir qué hacer con el nido; después de una feroz lucha entre los concejales, se llegó al acuerdo de trasladar el armazón a la torre de la iglesia, una vez emancipados los polluelos y emigradas las cigüeñas a tierras más cálidas. A finales del otoño, con sumo cuidado, se retiró el nido del tejadillo del reloj, se colocó en la parte alta de la torre de la iglesia, resguardado de vientos y borrascas para que cuando volvieran sus antiguas moradoras lo encontraran atractivo. Se limpió con esmero la esfera y las saetas del reloj, comenzando un tiempo de paz entre los miembros del ayuntamiento, esperando, como poco, que las cigüeñas no volvieran y si lo hacían se aposentaran en la nueva ubicación.

Con la estación cálida volvieron las cigüeñas; desorientadas, volaron y volaron alrededor del pueblo, del ayuntamiento y de la torre de la iglesia, y partieron. Gran parte de los ciudadanos las vieron marchar y se alegraron, ya que con ellas volaba el problema.

Al día siguiente, ante el asombro de todo el pueblo, las cigüeñas volvieron y comenzaron a construir un nuevo nido en el tejadillo del reloj. Algunos ecologistas se plantearon cambiar el reloj de sitio.